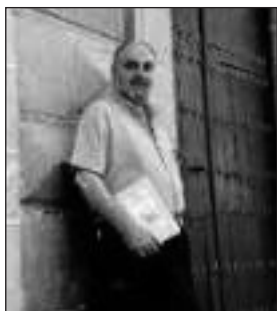


EXPATRIADOS

RELATO



FERNANDO FLORES DEL MANZANO

Conforta reflexionar sobre la generosa participación del sino en nuestro discurso existencial y sobre cómo el ser humano se debate entre el azar y la nece(si)dad.

Soy de los que creen que el súbito oleaje de la vida nos trae y nos lleva a su antojo, cual basura zarandeada por el viento.

Mi caso así lo confirma.

Llevaba más de un año sin trabajo. La empresa prescindió de mis servicios en uno de esos vanos reajustes con ánimo de reflote. Me indemnizaron con algún dinero y luego, al paro. Ese fue el triste fin de mi primera experiencia laboral: dos años y ocho meses en el mundo del marketing y la publicidad.

Al poco tiempo, se terminó también la prestación por desempleo y me quedé sin recursos, salvo los ahorrillos de la indemnización. Vivir en casa de mis viejos me permitió conservarlos. Mese y meses de infructuosa búsqueda de oportunidad laboral.

Harto estaba de enviar currículos, los postreros en formato visual, con una presentación grabada en colaboración con mi hermana. Aburrido de ir de una punta a otra de la ciudad y de someterme a entrevistas insulsas, encubiertas de sofisticación selectiva, para puestos asignados de antemano. Ya apenas me molestaba en mandar currículos.

Decepción, desengaño, frustración...

Una de esas tardes bobas (casi todas lo son cuando el tiempo te sobra), me llamó Eduardo para que diésemos una vuelta. Y en un bar del que éramos asiduos nos topamos casualmente con una antigua compañera, Gema, a la que hacía largo tiempo que no veía.

Gema y yo nos conocimos en la Facultad: nos ayudábamos con los apuntes y salíamos, por entonces, a divertirnos con la pandilla. Al acabar la carrera, a mí me costó dar con un trabajo aceptable. Pero Gema, que siempre fue muy brillante y tenía medios, hizo uno de esos másteres exclusivos, que cuestan un pastón, y se colocó en una importante empresa de consultoría. Como dominaba bien el inglés, la enviaron a Estados Unidos. Recorrió varias ciudades: Boston, Filadelfia e, incluso, anduvo un tiempo en N. York. De su peripecia profesional tuve noticias por varios conductos: al principio, por ella misma, pues seguimos en contacto por móvil; más tarde, por amigos comunes, ávidos siempre de contarte vidas y milagros de cada uno del grupo. ¡A saber lo que irán largando de mí!

Esa tarde Gema iba acompañada no de personas, como marcaba su condición de chica dominante, sino de bolsas de tiendas pijas. Estaba muy atractiva y me abrazó con efusión (también a Eduardo, lo aclaro más que nada por desmentir el viejo rumor en el grupo de que yo le gustaba). Le manifesté mi sorpresa por encontrarla allí, cuando la suponía a miles de kilómetros, en Norteamérica, viviendo entre yanquis. Al escuchar lo de “entre yanquis”, me replicó vivamente:

-En eso te equivocas. En mi trabajo abundan más los hispanos que los yanquis.

-¿Y a dónde te has ido, a Méjico o algún país de más abajo?

-Pues no. Vivo en Miami –lo dijo dirigiendo alternativamente sus pupilas a Edu y a mí.

Despacito, entre sorbos de cervezas, Gema nos fue exponiendo que seguía currando en la famosa firma de consultoría. Hablaba maravillas de Miami, una ciudad, según ella, muy cosmopolita, abierta y entretenida. Dado que padezco manía genética a los yanquis, le rebatía sus afirmaciones. Ante mi insistencia en negar las bondades de

Miami, me dirigió sus magnéticos ojos verdes y me retó:

-Ven a visitarme y lo compruebas por ti mismo. A ver si así te convences de que no todo es malo en USA.

Ahí anduvo listo Eduardo, quien apostilló:

-Pues es verdad, márchate a Miami con Gema, a ver si se te quitan tantos prejuicios. Además, para lo que haces aquí, que ya no echas ni un puto currículo...

Gema me ofrecía alojamiento y me pintaba la cosa estupenda, asegurando que nos divertiríamos. Se marchaba pronto, pues había venido por asuntos profesionales y había recorrido tres o cuatro países europeos donde se expandía su empresa.

Al despedirme de Gema, me tiré el farol y dejé caer que tal vez aceptara su desafío e iría a visitarla a Miami.

Lo dije sin convicción alguna. Pero con su generoso ofrecimiento, mi amiga me había inculcado el gusanillo viajero. Edu no dejó de darme la lata con que Gema estaba por mí y no entendía mis indecisiones: “Vete con ella y éntrala a saco. Con lo buena

que está. No sabes la suerte que tienes, tío”. De tanto repetirla, la cantinela de mi amigo se me grabó como un mantra y empecé a barajar las posibilidades.

Sopesé mentalmente el estado de mi economía: quedaban en mi cuenta algo más de mil euros. Sobraba para el viaje de ida y vuelta, sobre todo si aprovechaba una buena oferta de esas que lanzan intermitentemente las compañías aéreas.

Dado que viviría en el apartamento de Gema, tan sólo tendría que afrontar los inexcusables gastos de bolsillo.

Tras dar muchas vueltas al asunto, a comienzos de junio, al salir de una entrevista laboral con un tipejo insoportable, engrdeído, que me había puesto nervioso y al que casi dejo plantado ante sus preguntas impertinentes, tomé la decisión: me largaría en julio a Miami.

Así rompería con la rutina inane que estaba asfixiando mi puñetera vida.

Cuando llamé a Gema para decírselo, percibí un deje de contentura indisimulada que me dejó algo perplejo. ¿Y si era verdad que yo le gustaba y me invitaba para poder intimar? Deseché esa idea por descabellada: Gema no precisa de argucias marrulleras, es una chica desenvuelta, simpática, de esas que caen bien a todo el mundo. Yo la seguía viendo como la lejana compañera de estudios, a quien tan solo una noche, pasado de copas, le había dado un buen morreo. Además, sabía que Gema tenía un carácter demasiado enérgico y no acababa de encajar en ese tipo idealizado de mujer que cada cual se va forjando desde la más tierna infancia.

El billete me costó poco más de quinientos euros, aunque con escalas en Londres y en Nueva York. No tuve que renovar pasaporte, pese a que hacía siglos que no lo usaba. El vuelo resultó distraído, con película en inglés, cena y desayuno. Aunque tuve que esperar casi dos horas en N. York para enlazar con el vuelo a Florida.

Llegué a Miami al filo del mediodía y, antes de abandonar el aeropuerto, llamé a Gema, que me saludó con alborozo. Se disculpó por no haber ido a esperarme, de lo liada que andaba. Ya había avisado en recepción para que me entregasen las llaves. Conforme avanzaba el taxi, se iba descubriendo una ciudad esplendorosa y de contrastes urbanísticos: barriadas periféricas de casas bajas prefabricadas antecedían a una piña de rascacielos impresionantes. Era como contemplar un elegante bosque de secuoyas, circuido de denso matorral.

La vivienda de mi amiga se encontraba en el 950 de Brickell Bay Drive Me produjo una óptima impresión el edificio, cuyo hall se asemejaba al de un hotel convencional. Disponía de aparcacoches y conserjes. Me entregaron las llaves del apartamento 3009. No era demasiado espacioso, aunque resultaba coqueto. Mi amiga lo tenía bien equipado, con muebles de diseño rabiosamente moderno.

Me alegró penetrar en aquel diáfano salón, tan luminoso. Le precedía una de esas diminutas cocinas americanas, en las que cobra protagonismo asimétrico la nevera de dos puertas, tantas veces visualizadas en filmes hollywoodienses.

Me asomé a la amplia terraza, desde la que se contemplaba una atractiva panorámica de la ciudad: parte del skyline miamense, una lejana avenida de viviendas de bajo porte (luego me enteré que acogían a la vieja emigración cubana), una porción de la bahía atravesada por yates y barcos de escaso calado, que dejaban estelas brillantes al sol tropical. A los pies de la torre, se abrían dos hermosas piscinas comunitarias.

Husmeé con total libertad por el apartamento, hasta que a eso de las siete de la tarde se presentó Gema en acogedora actitud de abrazos y achuchones. Muy simpática, jovial, se fue desprendiendo de la ropa de oficina y se metió en su cuarto para colocarse una camisa floreada y un short pistacho que permitía contemplar sus piernas bien contorneadas y bronceadas. Me aseteé a preguntas, ninguna comprometedoras. Luego, cenamos algo. Y como ella arrastraba sueño de la noche anterior en que asistió a un concierto del Día de la Independencia y yo también estaba que me caía, me acosté pronto en el sofá-cama del salón.

Al despertarme, Gema ya había marchado a su trabajo. En una nota, me daba instrucciones para prepararme algo de comer, pues regresaría tarde.

Eso me permitió disponer de mucho tiempo libre para descubrir, a mi aire, Miami, si bien mi amiga ya me había sugerido lugares que visitar, entre otros, Bayside y el cercano estadio Arena de los míticos Miami Heat.

Durante las primeras jornadas mantuve la rutina de turista al uso. Me levantaba tarde, bajaba a la piscina y, antes de salir a la calle, almorzaba un generoso brunch.

Luego, me colocaba una gorra para protegerme del sol inmisericorde y me calzaba mis zapatillas de andar, algo gastadas y ajenas a la moda americana. El clima es pegajoso y agobiante, pero lo llevaba relativamente bien. En todas partes tenían aire acondicionado, demasiado fuerte a gusto mío.

Me distraje contemplando los rascacielos enormes, de arquitectura vanguardista y sugerente que se alzaban en bulevares cercanos a la torre de Gema -Brickell y Biscayne-, algunos de los años setenta y ochenta, pero la mayoría muy recientes. Son sedes de bancos, de holdings, de fundaciones, aunque también palacio de ópera, museo y muchos hoteles lujosos. Había torres acristaladas que reflejaban las avenidas, el tráfico y el cielo cambiante de la ciudad caribeña (por la noche, la vista resultaba más espectacular aún: los edificios estallaban en una pirotecnia lumínica que me retenía largos ratos contemplando los destellos multicolores que proyectaban aquellos vítreos rascacielos. “Es mi pantalla de televisión preferida”, le comentaba a Gema).

Solía regresar mi amiga a eso de las siete horas (p. m.) al apartamento.

Como detalle, le tenía dispuesta alguna ensalada para que se refrescara nada más llegar del trabajo. Luego, nos íbamos a dar una vuelta, a tomar largas copas de cerveza, unas veces los dos solos y otras, acompañados por gente de su oficina. Debían ganar bastante pasta porque no se privaban de nada. Al principio, por no parecer rata, apor-

taba yo también, pero enseguida Gema me indicó que lo reservara para otros gastos más básicos. Un cielo de chica.

En vista de que siempre tratábamos con españoles, pregunté a Gema si no mantenía contactos con americanos auténticos, aunque fuesen de los que trabajaban en su compañía. Me contestó que no resultaba fácil, ya que ellos vivían en zonas residenciales, alejadas bastantes kilómetros. Se refirió a Coral Gables y otros lugares para yanquis muy, muy ricos.

De mis observaciones, deduje que los expatriados españoles formaban colonias propias, como aves antárticas, relacionándose casi exclusivamente entre ellos. Guetos elegantes y hasta pijos, pero en segregación al cabo y al fin. Aunque es bien cierto que nada tenían que ver con los parias del lugar: negros y latinos de diverso jaez.

En el plano personal, la cosa se fue complicando. No terminaba de entender la auténtica intención de Gema. Una tarde me llevó a un atestado local, el River Oyster, cerca de su casa, donde pidió pulpo asado, ostras y champán. De allí marchamos a una cafetería y seguimos bebiendo combinados de ron entre risas, evocaciones y anécdotas divertidas de nuestros años universitarios. Acabamos algo achispados en una concurrida discoteca de moda.

Al entrar en casa, cayó desplomada al suelo, no sé si mareada por el alcohol. Al intentar alzarla, me echó los brazos al cuello y me dio un beso en la boca. Yo pude aprovecharme al tenderla en el sofá, pero me pareció indigno y no quería mal rollo entre nosotros. Al día siguiente, seguimos como si nada hubiera ocurrido.

El segundo fin de semana asistimos a una barbacoa en South Beach. Una amiga suya había congregado una treintena de jóvenes, casi todos españoles, empleados de multinacionales. En una zona común de jardines y piscinas, había rincones con hornos y parrillas, además de sillas, tumbonas y butacones abundantes.

Yo debí de constituir la única novedad aquella tarde. La gente se saludaba con camaradería, se gastaban bromas sobre sus atuendos, especialmente las chicas. En lugar de hacerlo uno a uno, Gema requirió la atención de los congregados y realizó una presentación colectiva, lo que agradecí en mi interior:

-Este es Suso, un compañero de la Universidad –lo decía con gesto risueño y vuelta hacia mí-. Está sin trabajo y ha venido a pasar conmigo unas semanitas.

Varios invitados –casi todas chicas y supongo que las más cercanas a Gema– se aproximaron a saludarme y enseguida formamos corro. Acaso porque Gema había aludido a mi condición de parado, la conversación giró ineludible acerca del mercado laboral en España, calificándolo de desastroso y una ofensa para una generación como la nuestra, tan preparada. Se hicieron comentarios muy negativos sobre la grave crisis que atravesaba el país, sobre la ineptitud de los políticos, la corrupción, la desesperación de la gente, vertiendo opiniones y tópicos extraídos de apresuradas lecturas virtuales de la prensa nacional.

Luego, la charla se focalizó en las elevadas tasas de paro entre universitarios, interesándose por mi caso en concreto. No fui muy explícito en la réplica. Me sentía incómodo, cual pobre cobaya estresada, en tanto que ellos secretaban el repelente tufillo de quienes se saben triunfadores. Una chica rubia y muy mimetizada con el estereotipo de la Barby americana, explicó el caso de sus primos, segovianos como ella, que se habían largado fuera: uno a Londres y dos, que eran ingenieros, a Múnich, después de tirarse medio año aprendiendo alemán.

Me desagradaba servir de pretexto para que aquella panda de venturosos expatriados perorase sobre la realidad de un país del que algunos llevaban ausentes bastante tiempo. Demasiado tal vez para realizar aserciones tan categóricas como las que escuché.

Transcurrido un buen rato, Gema debió de leer en mi expresión alguna señal de tedio y vino a rescatarme. Me condujo al sitio de las bebidas y brindamos.

Al instante se acercó una chica morena, de pelo azabache recogido como al descuido. Tenía la cara muy interesante y una sonrisilla entre picarona y graciosa. Me la presentó en tono solemne:

-Lola, mi amiga del alma Gema lo dijo mirándome con molesta fijeza, como insinuando que la tratara bien. A mí me presentó como “el chico del que te hablé”.

Su “amiga del alma” me contemplaba esbozando un gesto que no supe interpretar si de guasa o de cierta indulgencia. Era la organizadora de la fiesta.

Estuvimos charlando un buen rato los tres. Lola iba y venía. Se alejaba un momento a hablar con alguien y al instante regresaba y retomaba la conversación con absoluta naturalidad. Como si no se hubiese ausentado un solo instante. Dijo ser madrileña, aunque de ascendencia gaditana.

Un joven que, según comentaban, había vivido en tierras argentinas se encargó de asar piezas de carne (‘entrañas’), variedad de salchichas y verduras. No faltó la típica sangría con vino chileno y trocitos de frutas tropicales.

Lola me pidió que la acompañase para continuar charlando, mientras recorría, como buena anfitriona, los corrillos preguntando cómo iba la cosa. Por las conversaciones escuchadas, deduje que el afán de los expatriados no era muy distinto del resto de jóvenes: cháchara informal, asuntos fútiles, chismes sobre sus jefes, bares de moda o sitios a los que ir de vacaciones, mostrando alguno su disgusto por tener que visitar a sus padres en España ese verano. Lola tenía una palabra oportuna para todos, zanjaba discusiones con elegancia o realizaba comentarios jocosos.

Más tarde, pude observar a Gema, sentada en una tumbona con alguien que se tomaba mucha confianza, ciñéndola por la cintura y besándola. Ella se resistía, me miraba y creo que se ruborizaba, para luego sonreír con una franqueza que aspiraba a dejar claro que aquello no era lo que parecía. Pero enseguida supuse que habrían mantenido algún rollo. Me lo confirmó de regreso a casa: Mario había sido un buen amigo duran-

te una temporada. Ella había cortado, pero él insistía y quería continuar una historia que no conducía a ninguna parte.

Resulta extremadamente complejo el mundo de las relaciones interpersonales. Por suerte, Lola y yo congeniamos desde esa tarde. Habíamos intercambiado los números de nuestros móviles y nos mantuvimos en contacto. Al poco, empezamos a quedar a la hora del almuerzo, ya que su oficina estaba céntrica y disponía de tiempo para vernos. Debía de disfrutar de un sueldo elevado porque me llevaba a restaurantes caros del distrito financiero, entre ellos un japonés que servía un sushi sabrosísimo.

¿Qué me atrajo de Lola? No sabría concretarlo, porque es materia insondable y no debe reducirse a simples apreciaciones. Lo que sí puedo asegurar es que, a su lado, me sentía muy cómodo, entretenido por su conversación amena y chispeante.

Un día que trabajó en casa, me invitó a bañarme en su piscina. Comimos ensaladas y cosas ligeras que yo preparé. Luego me tumbé en el sofá y me quedé traspuesto. Me desperté al sentir el roce de sus labios por mi cara. Aunque un tanto aturrido, reaccioné según las circunstancias requerían. Hicimos el amor toda la tarde. Y en los días siguientes repetimos.

A eso de las ocho, Lola me acercaba en su coche hasta las inmediaciones de Brickell y nos costaba tener que separarnos, cuando en verdad deseábamos continuar juntos. Lola se ofrecía a hablar con Gema y explicárselo. Yo me resistía y le pedía más tiempo.

Estaba claro que no podía continuar así. No es que tuviera conciencia de traicionar a Gema, pues no tenía ningún compromiso con ella. Sin embargo, conceptuaba una deslealtad a nuestra vieja amistad no sincerarme cuanto antes. Unas fechas previas a cumplirse el mes de mi estancia en Miami, me armé de valor y le dije:

-Gema, me marcho mañana.

-¿Cómo? Si tu vuelo es dentro de cuatro días.

La cara de perplejidad no se le fue, ni siquiera cuando deshice el malentendido y le confesé mi relación con Lola. Se preguntaba si había hecho algo que me molestara, dispuesta a repararlo. Me rogaba que me lo pensara bien, antes de tomar esa resolución.

Los cambios de tono en su voz y las gesticulaciones exageradas delataban que Gema estaba pasando un inmerecido mal trago. Le expresé mi infinita gratitud por su generosa acogida, sus constantes atenciones y su trato exquisito.

Una vez instalado en South Beach, Lola puso toda su voluntad en conseguirme trabajo. Ella desempeñaba un puesto de responsabilidad -managing partner o algo asíen una importante corporación de publicidad, con sede en Miami. Estaba a la espera de ascender a funciones directivas. Como mi preparación y experiencia en ese campo de la publicidad me acreditaban, no tardé en colaborar con su empresa, en la división de América Latina. Pero no todo resultó tan sencillo como yo pensaba.

Trabajar en una multinacional americana requiere armarse de mucha paciencia.

Mi pasaporte era de simple turista y antes de cumplirse el plazo del visado, nos fuimos de weekend a las Bermudas con lo que pude prolongar mi residencia tres meses más.

Ese sistema resultaba insufrible, obligado trimestralmente a salir fuera del país y siempre expuesto a que los de inmigración descubrieran la artimaña y me expulsaran.

Finalmente, el aval de Lola sirvió para formalizar mi contrato con su empresa, que lo arregló todo para obtener un visado de trabajo por tres años.

Llevo un año y tres meses de armoniosa relación con Lola. Incluso nos estamos planteando dar un paso más en nuestro compromiso. El trabajo me gusta, pues es de lo mío. Ella procura tenerme cerca y me asigna tareas en las que poder dejar el listón alto.

Seguimos asistiendo a reuniones de expatriados, siendo Lola una de las más activas convocantes. Nunca falta nuestra común amiga Gema. Y no viene sola. Lo hace acompañada de Eduardo, a quien invité a pasar unos días en Miami. Acabó intimando con Gema y trasladándose a su apartamento.

En ocasiones, salimos las dos parejas juntas y damos una vuelta por Ocean Drive o vamos a comer al barrio que llaman Little Havana, donde sirven una estupenda ropavieja y refrescantes cócteles de ron.

